

ARTÍCULO VII.

CÁNCER.

§ I.—Consideraciones generales.

El cáncer mirado bajo el punto de vista de la fisiología patológica, de la patogénia y de la histología, es una cuestión de patología general propiamente hablando, por lo cual solo hemos consagrado algunas páginas á la descripción de esta enfermedad; encontrándose desarrolladas en otra parte las consideraciones que importan mas al médico práctico sobre el sitio, la marcha y el tratamiento del cáncer en los diferentes órganos. Cada capítulo de nosología de esta obra contiene, respecto á esto, nociones especiales, no habiendo tratado aquí, pues, mas que de los caracteres generales y de la histología del cáncer, procediendo con la reserva que conviene en vista de las transformaciones que experimenta en este momento la ciencia de la anatomía patológica.

De todas las enfermedades orgánicas, el cáncer es la mas temible. Según la tradición, es una especie de parásito que se implanta en los tejidos y parece vivir una vida independiente, hasta el momento en que muere, arrastrando en su caída el organismo que le sostiene. La palabra *cáncer* recuerda las ideas de diátesis, de recidiva, de incurabilidad, de caquexia y de muerte. Para los médicos modernos, el cáncer es una afección que consiste en la producción de un tejido anormal, que forma parte del organismo, sin llenar ninguna función y se desarrolla en medio de los tejidos normales; los comprime, los rechaza y los atrofia sustituyéndolos. El cáncer se presenta bajo la forma de masas aisladas ó tumores, concluyendo á veces y empezando otras de buenas á primeras por una úlcera que no tiende á cicatrizar. En muchas ocasiones se estiende sin formar tumor y se infiltra en los tejidos.

El desarrollo del cáncer es indefinido, muy lento, ó muy rápido, pudiendo permanecer estacionarias las producciones cancerosas y vivir por muchos años casi en estado latente. Por el contrario, pueden adquirir en poco tiempo un desarrollo considerable, invadir muchos órganos y muchas regiones á la vez y generalizarse. Estos diferentes modos de ser, son los que conviene poder determinar y nada seria mas útil que una buena clasificación de los cánceres.

El cáncer puede desarrollarse en todos los tejidos y en todas las regiones del cuerpo, pero tiene, por decirlo así, sitios de elección. Entre los cánceres que son del dominio de la cirugía, los mas comunes son los de la mama, del cuello del útero, de los labios, de la piel, de los testículos y del recto; y entre los cánceres internos, son los del estómago, del hígado, de los riñones, etc. No intentaremos una

clasificación de los cánceres; solo presentaremos un examen crítico del estado de esta cuestión en nuestra época.

Los progresos de la clínica y de la anatomía normal y patológica, han demostrado cuantas enfermedades diferentes se habian comprendido bajo el mismo nombre y cuán útiles eran la mayor parte de los caracteres distintivos, sobre los cuales establecía el diagnóstico. En lo que concierne al cáncer, ha debido eliminarse del cuadro de estas enfermedades un número considerable de lesiones, entre las cuales se encuentran los quistes que contengan, ya líquido, ya materia sebácea, ya pelos, fragmentos de huesos ó dientes; las hidatides que son producciones parasitarias, constituidas por la presencia de uno ó muchos individuos que viven á espensas del organismo, pero que no forman cuerpo con él y susceptibles de ser espulsados, sin dejar ninguna lesión grave en pos de sí, y los tumores fibrosos del usagre y las úlceras de naturaleza sifilítica y escrofulosa, etc. En su *Tratado de las enfermedades de la mama*, publicado en 1854, Velpeau se espresa de este modo: «Se ha obtenido un resultado importante y se puede admitir como demostrado desde ahora, que de 400 casos de tumores confundidos con el título de cáncer, hay cerca de 100 que no son cancerosos y que es posible en el día distinguir á la cabecera del enfermo. Nuevos estudios y los progresos naturales de la ciencia permitirán elevar todavía este número. Hay motivos para esperar que los cirujanos podrán reducir un día mucho todavía el círculo del verdadero cáncer.» Nadie duda que no suceda lo mismo en medicina y que el porvenir no reserva, respecto á este punto, resultados tan importantes, como á los que ha llegado la cirugía. Desde hace muchos años ya vemos multiplicarse á nuestra vista afecciones que no son en realidad mas frecuentes, pero que se diagnostican con mas frecuencia que otras veces y que se sustraen del cuadro de los cánceres: tal es la úlcera simple del estómago, que no se conocia hace algunos años, y que en el día ocupa un puesto importante en la nosología. De cualquier manera que sea, es constante que existe un orden de enfermedades orgánicas, cuya tendencia al crecimiento, á la destrucción por compresión de los tejidos inmediatos, despues á la ulceración, á la recidiva y generalmente á la incurabilidad, constituyen caracteres suficientes para que estas enfermedades se describan con el mismo nombre. Se han confundido por mucho tiempo en un solo grupo especies anatómicas y clínicamente diferentes; y despues vino el examen de estos productos morbosos con el auxilio de los medios perfeccionados y con el rigor de la crítica, que ha marcado nuestra época. Con esto se ha creído poder reconocer lo que era cáncer y lo que no lo era y determinar los caracteres del cáncer tipo: era una idea *á priori*. Ha resultado de este examen una gran confusión en las ideas de aquellos que lo han emprendido con la esperanza de obtener una solución conforme á sus previsiones. La transición entre las ideas antiguas y modernas es penosa, y los resultados si-

guientes de las investigaciones anatómicas demostrarán cuán difícil es enlazar lo pasado con lo porvenir.

§ II.—Anatomía patológica.

¿Qué es el cáncer anatómicamente hablando? Esta cuestión no se ha planteado hasta que se han abordado los estudios histológicos y proseguidos con perseverancia por los anatómicos, ya con objeto de ciencia pura, ya á instigación y bajo los auspicios de los médicos prácticos, que esperaban encontrar en estas investigaciones un apoyo para el diagnóstico. En Francia principalmente, y desde hace una veintena de años, es cuando se han continuado estos trabajos sin interrupción. Sus resultados esperados con impaciencia y explotados demasiado pronto han dado desde luego esperanzas que no han podido realizarse tan pronto como se creía. Era preciso que la anatomía normal precediese á la anatomía patológica y que los elementos normales fuesen todos conocidos y en todos los períodos de su desarrollo: era necesario igualmente que la disposición de estos elementos, su orden y la contestura de los tejidos normales se conociesen perfectamente, antes de que produjese sus frutos el estudio de la anatomía patológica. Así es que, después de haber usado de los recursos preciosos suministrados por el microscopio, algunos prácticos eminentes, denunciando los errores, la lentitud y las dudas de los anatómicos micrógrafos, creyeron deber retirar á estos inestimables estudios el favor que con justicia les habían concedido desde luego. El error, ó si se quiere la ilusión de los primeros observadores, ha sido el creer que existía un elemento anatómico morbosos formado completamente, característico y sin análogo en la economía en estado sano, de cuyo elemento se reconocieron muchas variedades, y recibió el nombre de célula cancerosa. Desde entonces se distinguieron los tejidos morbosos en heteromorfos ó sin análogos en la economía y en homeomorfos ó que tienen sus análogos en el cuerpo sano. La descripción de estos elementos ocupó muchos años, pero tuvo lugar un cambio y la existencia de los elementos heteromorfos fué puesta en duda. No vamos á discutir en esta obra la cuestión de prioridad relativa á la negación ó admisión de la existencia de elementos anatómicos especiales y característicos del cáncer. En 1844, cuando An-nover y Levert describieron la célula llamada cancerosa, se publicaron en diferentes puntos de Europa trabajos para demostrar, que, lo que estos autores llamaban célula cancerosa, no era otra cosa que elementos anatómicos diversos, tales como células epiteliales, pigmentarias ó cartilaginosas mas ó menos modificadas. Otros autores admitieron que las células llamadas cancerosas que tienen un núcleo, un nucleólo y granulaciones, como otras muchas células de la economía, eran análogas á estos elementos normales y no debían considerarse como heteromorfos. El mérito de esta vuelta á una interpre-

tación mas sana, pertenece á un número considerable de autores que se han completado unos á otros. Faltaba, después de estos trabajos, de los cuales un número crecido pertenece á la Alemania y á la Francia, indicar lo que representaban realmente las diferentes alteraciones de testura de los órganos afectados y las diversas generaciones de tejidos bajo formas de tumores, é interpretar estas modificaciones de volúmen, y algunas veces de estructura, que se observa en las células y en las fibras que componen estos tumores, y por otra parte á demostrar la relación de estos estados mórbidos con los normales.

No se trató desde entonces de estudiar los elementos en sí mismos y clasificarlos metódicamente, ni de conceder á los unos, ni negar á los otros la propiedad llamada cancerosa. En estas producciones de materia nueva se vió otra cosa que una reunión de células ó de núcleos, mas ó menos deformados; se reconoció que estas producciones nuevas eran susceptibles de una textura y de organización. Se investigó, pues, como cada tejido morbosos deriva de uno sano y como aparecen tejidos análogos al cartilago y á las glándulas, en regiones que están desprovistas de ellos normalmente. Fué necesario explicar lo que representaban, tanto como atrofia é hipertrofia, tanto como aberración de estructura de los elementos normales, tales y tales células que se observan en los tumores llamados cancerosos. En Francia es en donde se ha impreso esta dirección á las investigaciones anatómico-patológicas. Un autor alemán, justamente célebre, á la vez patólogo y anatómico, R. Virchow, ha querido encontrar la solución del problema, indicando como causa de todos estos productos morbosos la multiplicación por generación endógena de las células plasmáticas, que existen en todos los tejidos, de los cuales son, por decirlo así, el elemento vital y generador por excelencia (1). Esta elevación de miras merece los elogios y los reproches que se pueden dirigir por lo general á los trabajos del otro lado del Rhin; demuestra un deseo sumamente grande de generalización y prevee y explica *a priori* lo que sería menester demostrar por el análisis. En Francia los trabajos de Lebert (2) habían inclinado la opinión á las investigaciones analíticas y llevado demasiado lejos el estudio de todas las variedades de tumores. Carlos Robin, volviendo á emprender estos estudios bajo un espíritu de crítica y un método que no podía dejar de producir sus frutos, ha conseguido llegar á determinar ciertos hechos generales, tales como estos: cada tejido de la economía es susceptible de presentar una, dos ó tres especies de alteraciones íntimas, y todas estas alteraciones son las que se han confundido anatómica y sintomáticamente bajo una sola y misma hipótesis, un solo y mismo nombre, el cáncer. Por lo mismo la unidad de cáncer, el cáncer

(1) Virchow, *La pathologie cellulaire, basée sur l'étude physiologique et pathologique des tissus*, traduit de l'allemand sur la deuxième édition, Paris, 1861.

(2) Lebert, *Traité d'anatomie pathologique générale*, Paris, 1857, t. 1.

tipo no existe. Nada podremos hacer mejor, para dar una idea del estado actual de la ciencia sobre este punto, que citar un pasaje del trabajo de Ch. Robin (1). «En la producción de los tumores hay dos casos bien distintos que notar; el más frecuente es aquel en el cual los tumores derivan de una hipergénesis, de una multiplicación exagerada de los elementos anatómicos de los tejidos normales, con cambio ó no de la testura de aquellos en cuyo seno nacen, ó de las partes inmediatas. En estas circunstancias se puede decir que todo tejido normal es capaz de ser origen de la producción de tantas especies de tumores, como especies de elementos anatómicos encierra, y aquellos, por consiguiente, del hecho también de la existencia de estos, cuando las condiciones de su nutrición, desarrollo, y sobre todo de su generación vienen á sufrir algunas modificaciones, cuya naturaleza hay, por otra parte, que determinar. Además de este hecho se puede observar otro, que es que la propiedad que tienen los tejidos complejos de nacer en el embrión, no está limitada solamente á los primeros tiempos de la vida. Se le encuentra todavía en el adulto en condiciones diversas, por efecto de una especie de perturbación de la propiedad de generación.»

Según Ch. Robin, los tumores llamados cancerosos, sea que estén compuestos solamente de núcleos ó de células, son productos morbosos que ofrecen una testura particular de sus elementos, habiéndolos que se parecen á las glándulas, pero sin conducto escretor (tejido heteradénico) y otros que contienen cartilago, en puntos donde no deben existir estos tejidos.

Se ve por la exposición rápida que acabamos de hacer de la cuestión anatómica, cuán grande sería la ilusión de los prácticos si contasen actualmente con la posibilidad de perfeccionar los antiguos errores y diagnosticar de tumores benignos ó malignos, sea á beneficio de los caracteres exteriores groseros que suministra la vista ó el tacto, sea á beneficio del microscopio, que no reconoce especie cancerosa tipo. Citemos todavía á Ch. Robin: «Las propiedades de generación en muchos puntos de la economía, sucesiva ó simultáneamente, de nutrición enérgica y desarrollo rápido, que hace que estos productos determinen la reabsorción de los tejidos normales, en los cuales se localiza, son para una misma especie más ó menos enérgicas, según la constitución individual y el estado general de los sujetos atacados.

No es á tal ó cual elemento anatómico á quien se debe atribuir la gravedad ó la benignidad de la marcha local de los tumores ó su generalización, porque ninguno de ellos, respecto á este punto, goza de cualidades especialmente perjudiciales. El estado de la constitución individual, innata ó adquirida, es el que contribuye á que tal

(1) Ch. Robin, *Mémoire sur le tissu hétéradénique* (*Gazette hebdomadaire de médecine et de chirurgie*. Paris, 1856.

orden de tejidos se manifieste más bien que otra y ofrezca una gravedad considerable ó no.»

Tal es la última palabra de la anatomía en nuestra época. Es necesario, pues, que los médicos se resignen á deducir de otros caracteres, que los que suministra la anatomía, el diagnóstico y el pronóstico de las afecciones llamadas cancerosas.

§ III.—Síntomas.

Quizá que los clínicos ilustrados, en fin, sobre la inutilidad de las propiedades físicas de los tumores y de las úlceras reputadas cancerosas, y comprendiendo que la dureza ó la blandura, la forma y la vascularidad de estos productos morbosos no constituyen caracteres esenciales y específicos, se concretaron con más provecho para los enfermos al estudio de la marcha y de los síntomas de estas enfermedades. Se puede decir desde ahora que hay tal enfermedad que clínicamente es un cáncer, aun cuando la anatomía no lo admita. Esta enfermedad es un producto morbo vivo que crece en medio de los tejidos y en el corazón mismo del organismo, del cual forma parte, que se desarrolla al azar, sin forma y sin objeto, deprime atrofia y ulcera los tejidos, se propaga á los ganglios más inmediatos, más próximos, recidiva si se extrae, invade otros tejidos, se generaliza, infecta la economía entera y acarrea la muerte. No hay tejido que deje de invadir, pudiendo ser atacados del cáncer los huesos, los músculos, las vísceras, las glándulas y los centros nerviosos. La forma, la densidad, el crecimiento y los caracteres histológicos, varían según el sitio y el órgano. Quizás la anatomía haga un día la topografía de los cánceres; pero este momento no ha llegado todavía.

Los síntomas del cáncer pertenecen á muchos órdenes diferentes. Los unos son debidos á lesiones puramente mecánicas y á trastornos funcionales ocasionados por la presencia del cáncer que obra como cuerpo extraño; por ejemplo, una vena es comprimida por un tumor y resulta por debajo de ella una suspensión de la circulación de retorno y como consecuencia un edema. Esto es lo que se observa muchas veces en los cánceres del abdomen ó del hígado, en cuyo caso hay edema de los miembros inferiores ó ascitis. Si el tumor se desarrolla en el cráneo, podrá por compresión trastornar algún órgano de los sentidos, tanto que podrán alterarse la vista, el oído y el gusto. Todo tumor desarrollado, sea en el cráneo ó en el raquis, llegará á producir lesiones de la sensibilidad ó del movimiento, parálisis, hiperestesia, las más de las veces parcial, estados convulsivos, etc. Si el tumor canceroso se halla localizado en el píloro y obstruye el paso de los alimentos, habrá distensión del estómago, debilidad, ó por el contrario, hipertrofia de las paredes de esta víscera; habrá también vómitos, porque los alimentos no podrán franquear el obstáculo. Si

es en el intestino, en donde tiene su asiento el cáncer, habrá estrechamiento del intestino, detencion del bolo alimenticio ó de las materias fecales, distension por encima del obstáculo, timpanitis, etc. Si es en el exófago, el enfermo no podrá tragar el bolo alimenticio y llegará á no poder beber.

Cuando no obra como tumor, el cáncer obra como agente destructor; atrofia y ocasiona la ulceracion. Entonces es cuando los tejidos corroidos dejan fluir la sangre, no solo de los capilares, sino tambien de los vasos de mediano y grueso calibre. Por lo mismo la hemorragia es uno de los mejores caracteres del cáncer. ¿Quién no sabe que la metrorragia es el síntoma mas habitual de los cánceres del cuello ó del cuerpo del útero, que la hematuria es un síntoma del cáncer del riñon y que la hematemesis es uno de los síntomas del cáncer del estómago?

Por último, el cáncer puede producir no solamente la ulceracion de los órganos, sino su perforacion: de esta manera es como el cáncer del estómago, del hígado, del útero y de los riñones, destruye todo delante de sí, y si no se encuentra un órgano inmediato que invade por contacto, ocasiona una comunicacion de la cavidad del peritoneo ó de la pleura con la cavidad de la víscera perforada. Algunas veces resulta de aquí la comunicacion de un conducto con otro, del estómago con el colon, con el duodeno, la vesícula biliar, de dos intestinos entre sí, del esófago con la tráquea, etc.

Entre los síntomas generales se han indicado en todas épocas el estado caquético, la anemia y el tinte amarillo de paja; pero es necesario explicarse respecto á este punto: el tinte amarillo puede atribuirse en el mayor número de casos á una lesion del hígado, lo cual constituye entonces una ictericia mas ó menos intensa, sea que el tumor tenga su asiento en el hígado, sea que resida en el estómago ó en la proximidad de estos órganos. Cuando solo existe un tinte amarillo claro de paja, se puede decir que no tiene nada de característico y que indica simplemente el estado caquético, cualquiera que sea su causa; perteneciendo el tinte cloro-anémico á todos los cancerosos, que por el hecho del cáncer, sufren en su nutricion ó pierden sangre.

Algunas veces el estado caquético no resulta, ni de trastornos digestivos, ni de hemorragias, ni de un estado febril marcado, y es muy cierto que se ven enfermos atacados de un cáncer en un punto del cuerpo, cuya integridad parece influir muy poco en el resto de la economía, caer poco á poco en un estado de debilidad y ponerse caquéticos; sin embargo, con mucha frecuencia trastornos funcionales graves dependientes directamente del cáncer esplican la caquexia y la consuncion. Este es el caso de los cánceres viscerales; además el cáncer por su destruccion, por los fenómenos morbosos que tienen lugar en esta especie de tumores y por la reaccion consecutiva del organismo, puede producir fiebre y síntomas de infeccion

purulenta ó pútrida, sobreviniendo de este modo la muerte en un número considerable de casos.

§ IV.—Curso, duracion y terminacion de la enfermedad.

El curso del cáncer no tiene nada de regular, y respecto á este punto solo se pueden dar nociones muy generales. La edad tiene una influencia marcada sobre el curso y tambien sobre el sitio del cáncer. En los jóvenes el cáncer marcha con una rapidez muy grande y adquiere dimensiones enormes en poco tiempo, presentándose principalmente en el hígado, en los huesos humero ó femur, en las meninges y en la órbita. Parece que la rapidez de su crecimiento está en relacion con la actividad de la vida. En los viejos, por el contrario, el cáncer marcha con mas lentitud y por esto mismo es menor su gravedad. Un tumor canceroso en un viejo puede persistir casi sin crecer durante muchos años y dar lugar á una lesion que permanece local por un tiempo muy largo. En los jóvenes el cáncer tiene un crecimiento rápido é indefinido y determina la muerte en muy poco tiempo.

Terminacion.—Cuando el cáncer se desarrolla en las vísceras la muerte sobreviene las mas de las veces á consecuencia de trastornos en la nutricion, de fiebre héctica, de infeccion pútrida ó purulenta, de hemorragias, de flegmasias de los órganos atacados por el cáncer, etc. En un cierto número de viejos muertos de enfermedades agudas ó crónicas, que no están bajo la dependencia del cáncer, se encuentran tumores cancerosos que han permanecido por decirlo así en estado latente y no han producido fenómeno alguno morbozo intenso. Estos casos son no obstante escepcionales.

§ V.—Causas y tratamiento.

Causas.—Se ha invocado la herencia, cuya causa dista mucho de estar demostrada; se han indicado tambien causas debidas al medio y á la manera de vivir, á la mala alimentacion y á la miseria, las cuales son igualmente problemáticas. Respecto á las causas accidentales traumáticas pueden invocarse para esplicar por qué el cáncer se presenta en un órgano con preferencia á otro; así es que los golpes recibidos en la region hepática, los trastornos funcionales del estómago causados por el abuso de licores fuertes, etc., pueden hasta cierto punto pasar por causas determinantes de la aparicion en estos puntos de la enfermedad cancerosa. En cuanto á la causa específica, la ignoramos, es individual y entra en la clase de las diátesis ó predisposiciones de la economía entera á producir en algunos puntos una enfermedad siempre semejante á sí misma.